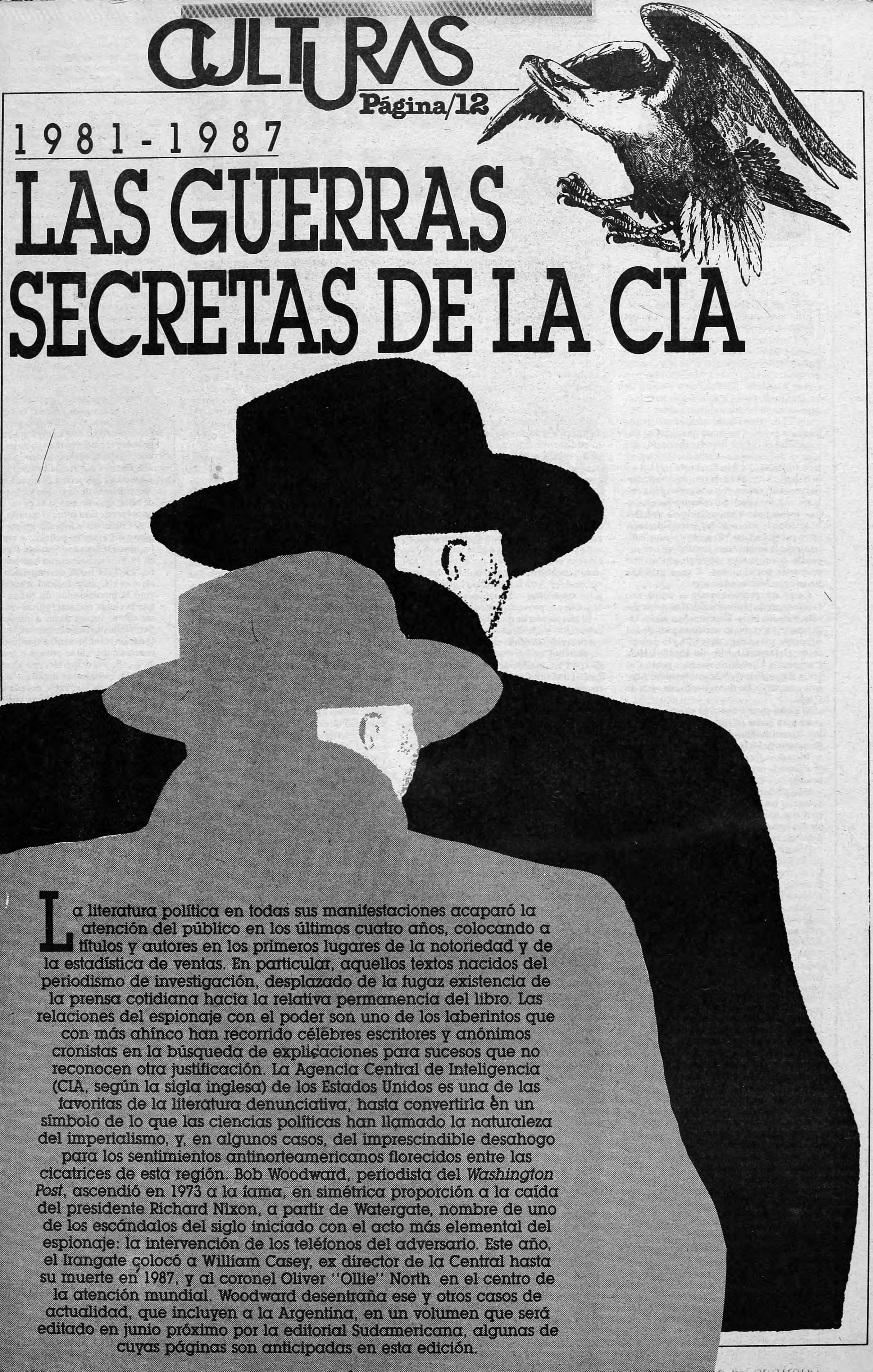
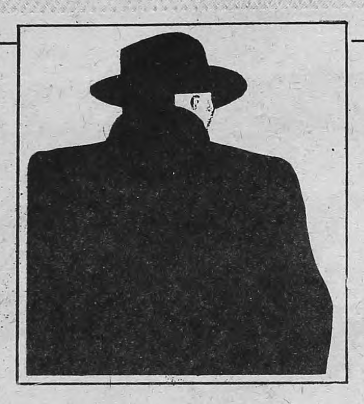


1981-1987

LAS GUERRAS SECRETAS DE LA CIA

La literatura política en todas sus manifestaciones acaparó la atención del público en los últimos cuatro años, colocando a títulos y autores en los primeros lugares de la notoriedad y de la estadística de ventas. En particular, aquellos textos nacidos del periodismo de investigación, desplazado de la fugaz existencia de la prensa cotidiana hacia la relativa permanencia del libro. Las relaciones del espionaje con el poder son uno de los laberintos que con más ahínco han recorrido célebres escritores y anónimos cronistas en la búsqueda de explicaciones para sucesos que no reconocen otra justificación. La Agencia Central de Inteligencia (CIA, según la sigla inglesa) de los Estados Unidos es una de las favoritas de la literatura denunciativa, hasta convertirla en un símbolo de lo que las ciencias políticas han llamado la naturaleza del imperialismo, y, en algunos casos, del imprescindible desahogo para los sentimientos antinorteamericanos florecidos entre las cicatrices de esta región. Bob Woodward, periodista del *Washington Post*, ascendió en 1973 a la fama, en simétrica proporción a la caída del presidente Richard Nixon, a partir de Watergate, nombre de uno de los escándalos del siglo iniciado con el acto más elemental del espionaje: la intervención de los teléfonos del adversario. Este año, el Irangate colocó a William Casey, ex director de la Central hasta su muerte en 1987, y al coronel Oliver "Ollie" North en el centro de la atención mundial. Woodward desentraña ese y otros casos de actualidad, que incluyen a la Argentina, en un volumen que será editado en junio próximo por la editorial Sudamericana, algunas de cuyas páginas son anticipadas en esta edición.



LAS BUENAS COMPAÑIAS

Antes de la guerra de Malvinas, los militares argentinos eran considerados como los principales aliados en la guerra que se iba a desatar contra Nicaragua. El general Alexander Haig —secretario de Estado hasta junio de 1982— era un fiel defensor de esta idea, en la que era acompañado por el director de la CIA, Casey.

Casey todavía quería un plan de acción global para Centroamérica, pero no había consenso en la administración. El presidente buscaba el acuerdo entre sus consejeros superiores, y cuando no lo conseguía no se atrevía a tomar decisiones. Haig estaba obsesionado con Cuba; Weinberger hablaba de Vietnam y de los fantasmas gemelos de la escalada y el exceso de implicación: no quería tener a más muchachos americanos atrapados en una guerra impopular en mitad de la jungla. Baker y otros en la Casa Blanca querían que Reagan se dedicara a su agenda doméstica y estaban decididos a que la administración no se distrajera con una aventura en el extranjero, y mucho menos con una promovida por Haig, a quien veían con creciente escepticismo, incluso con alarma. Haig no se había adaptado a la informalidad del presidente. A veces parecía adular a Reagan, y al momento siguiente le intimidaba, instándole con urgencia a emprender determinada actitud propuesta por él mismo. A veces criticaba sus propias recomendaciones.

Casey era probablemente el único alto funcionario de la administración que se llevaba bien con Haig. Desayunaban juntos cada martes, a menudo acompañados de sus adjuntos, una semana en la CIA y la siguiente en el Departamento de Estado. Haig comprendía la política exterior, pensó Casey, y su mundo le era bastante familiar. Además compartía los duros puntos de vista de Casey.

Si Casey quería que algo relevante se hiciera para ganar El Salvador, antes tendría que hacer equilibrios con los intereses y las demandas de Haig, Weinberger y el aparato político de la Casa Blanca. El esfuerzo para promover la democracia era bueno, pero no bastaba.

Haig y Enders reconocieron que había que potenciar las acciones encubiertas. Lo ideal sería que los Estados Unidos aprovechasen alguna operación de otros, como había sucedido con la operación francesa en el Chad.

Dewey Clarridge encontró una ruta a través de Buenos Aires, donde la estación de la CIA mantenía relaciones sumamente estrechas con los generales argentinos que gobernaban el país. La inteligencia militar argentina, la G-2, había hecho del anticomunismo su mística y estaba desarrollando un programa de adoctrinamiento antimarxista. A los generales les preocupaban los "montoneros", las guerrillas que se oponían a su dictadura y que operaban desde Nicaragua. Argentina respaldaba los esfuerzos de resistencia contra los sandinistas y adiestraba a un millar de hombres al norte de la frontera de Honduras con Nicaragua.

Clarridge presentó el tema a Enders y al núcleo del grupo. La única alternativa era trabajar a través de Chile, donde la dictadura era peor y más visible.

—¿Accederían los israelíes a hacerlo? —preguntó Enders.

—No es viable —contestó Clarridge—. La Argentina era el país adecuado.

Enders esbozó a Haig una posible operación encubierta.

—No es suficiente —dijo Haig. El quería localizar un punto vulnerable. Dado que la Casa Blanca no respaldaría un ataque directo a Cuba, ¿qué tal si se atacaba sin previo aviso un campo militar cubano en Etiopía? Pero Haig no hallaría apoyo para su propuesta ni siquiera en su propio Departamento de Estado. Temía que una operación en Nicaragua constituyese una seria distracción; podría parecer muy dura y no serlo tanto; y si no funcionaba, los Estados Unidos se retirarían. Pero comprendía que aquella era la única propuesta que obtendría el respaldo en la Casa Blanca, en el Departamento de Defensa y en la CIA.

El lunes dieciséis de noviembre, a las cuatro de la tarde, Reagan reunió a su Consejo de Seguridad Nacional en el despacho del gabinete. Enders, que había obtenido el respaldo del grupo central, se encargó de la presentación.

—El programa político para El Salvador debe seguir siendo la democracia —dijo—. Se deben fomentar las instituciones democráticas tanto allí como en el resto de Centroamérica.

—Es la única manera de dar legitimidad a las mismas y a nuestro apoyo. Hay que incrementar la ayuda económica y militar, tal vez en más de trescientos millones de dólares para esa región y para el Caribe —apuntó—. Debemos encontrar un camino para reemprender las negociaciones con Nicaragua o, de lo contrario, nos veremos obligados a enviar allí nuestras tropas.

De acuerdo con los informes, Cuba era un callejón sin salida, ya que la Agencia no estaba preparada para emprender lo que amenazaba ser una operación a gran escala. A Nicaragua se la debía combatir a través de acciones encubiertas. Enders dijo que una operación de apoyo a la resistencia no derrocaría a los sandinistas. "Simplemente hostigaría al gobierno, provocaría su desgaste."

El martes uno de diciembre, Haig y Casey celebraron su desayuno habitual, y aquella misma tarde se reunieron con Reagan durante cuarenta minutos ante la presencia del Grupo Planificador de Seguridad Nacional. La reunión tuvo lugar en el Despacho de Situaciones de la Casa Blanca. El Grupo Planificador de Seguridad Nacional (NSPG) era un equipo informal de alto nivel para temas importantes de política exterior. En él se incluían el presidente, el vicepresidente, Meese, Baker, Deaver, Haig, Weinberger y Casey. También asistía algún ayudante ocasionalmente. Richard Allen, el consejero de Seguridad Nacional, estaba ausente, pendiente del resultado de una investigación sobre las acusaciones que se habían vertido contra él y que indicaban que había aceptado mil dólares de unos periodistas japoneses y que los había guardado en una caja fuerte de la Casa Blanca.

Casey expuso su plan encubierto. Quería diecinueve millones de dólares para ayudar a los argentinos a organizar una fuerza de quinientos hombres que constituirían el núcleo de la resistencia antisandinista. El grupo operaría desde campamentos en Honduras. Probablemente haría falta más dinero, indicó Casey, y el número de hombres aumentaría con toda seguridad.

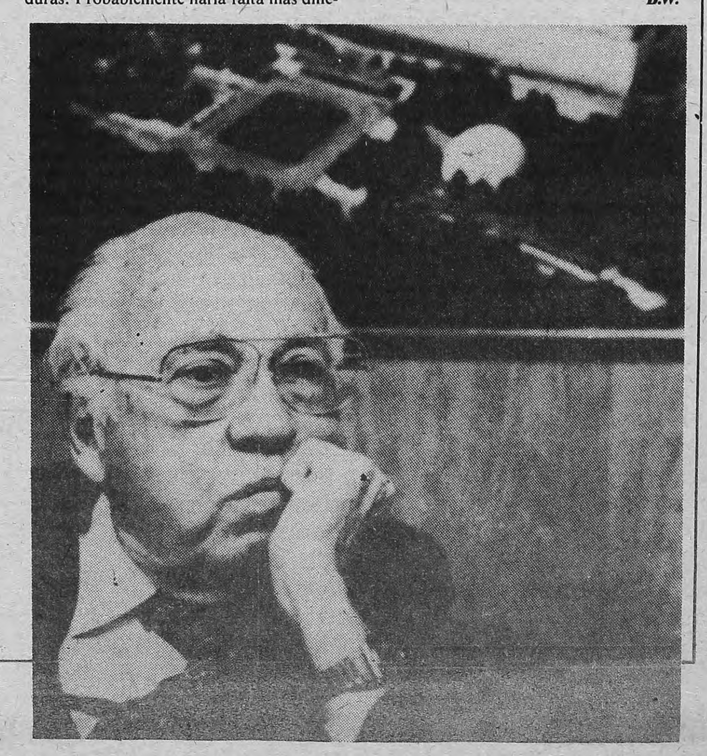
La troika de la Casa Blanca estaba indecisa. Haig todavía opinaba que aquella era una solución a medias, pero acabó aceptándola. Weinberger se alegraba de que el plan dejase al margen al Pentágono. Bush quedó satisfecho de aquel modesto resurgir de la capacidad paramilitar de la Agencia. No hubo mayores discusiones.

Aquel mismo día, Reagan firmó una amplia autorización *top-secret* de las operaciones paramilitares destinadas a cortar el apoyo de los sandinistas a los diversos movimientos rebeldes de Centroamérica, incluida la insurgencia salvadoreña.

El general David C. Jones, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, cargo militar superior, único superviviente de la administración Carter entre el Consejo de Seguridad Nacional, contempló la aprobación de la operación de Nicaragua con cierta desconfianza. De acuerdo con la inteligencia que había examinado, no estaba claro que toda la problemática centroamericana tuviera un origen cubano o soviético. Casey parecía considerarlo un conflicto Este-Oeste, como si los problemas fueran a terminar en caso de que los comunistas se marcharan. En opinión de Jones, los problemas sociales y económicos eran más profundos, lo que convertía a aquella zona en campo de cultivo ideal para las rebeliones marxistas. Veía claramente cómo los altos funcionarios de la administración Reagan arañaban detalles de inteligencia con el fin de justificar cualquier acción. Jones sabía lo suficiente sobre inteligencia para darse cuenta de que ésta se podía fácilmente agrupar y utilizar para dar énfasis al papel de los comunistas.

Pero lo peor de todo era la elección de los argentinos. Jones conocía a los argentinos. Eran buenos anticomunistas, pero no harían mucho. Nicaragua estaba a más de cuatro mil kilómetros de Argentina (de Buenos Aires a Managua había seis mil y pico de kilómetros por aire). ¿Por qué les preocupaba tanto que una banda de guerrillas montoneras pudiera organizar una revolución contra el regimen argentino desde otro continente? No tenía sentido, a no ser que pudiera influir sobre los argentinos para que hicieran cualquier cosa que los Estados Unidos les ordenaran.

B.W.



El senador William S. Cohen, un re publicano de Maine que había fo mado parte del Comité de Inteligen cia del Senado durante sólo nuev meses, aprovechó una oportunidad tras un reunión del Comité para hablar con Casey Como republicano, Cohen quería apoyar la administración en lo referente a Nicara gua. El sabía que Goldwater lo había reclu tado personalmente para el Comité. Pero añadió Cohen, sospechaba que Casey Goldwater podían perder fácilmente el con senso de aquel organismo. El compromis de Goldwater pendía de un hilo.

Si corta el dinero para la operación de N caragua, dijo Casey, el Congreso será el ún co responsable de lo que pueda suceder.

Cohen se asustó. Casey tal vez tenía ra zón. El presidente había llamado a Cohe personalmente. «Bill, ¿a qué no adivinás po qué te llamo», había dicho Reagan, com siempre, amistoso y solícito. «Nos gustari contar con tu ayuda si nos la puede ofrecer.» Cohen le había dicho al president que apoyaría a la administración; pero qu estaba preocupado.

Casey dijo a Cohen que debería hacer un visita a Centroamérica. «Ve a verlo por mismo, ve a Nicaragua, habla con los sand nistas. Hablarán con un senador de los Esta dos Unidos».

Para Cohen, un ex fiscal, presentarse en lugar de los hechos y hablar con los testigo era muy atractivo. Siempre procuraba se preciso, conocer los datos. Para aprender a go sobre el esotérico mundo de las señales d inteligencia se había leído las 352 páginas d *The Puzzle Palace*, un libro de 1982 sobre l Agencia de Seguridad Nacional escrito po James Bamford. La respuesta a la operació de Nicaragua no estaba ni en un libro ni e un informe, sino sobre el terreno.

A Cohen no se le podía ubicar en ningú punto del espectro político, y era un poet (su libro *Of Sons and Seasons*, fue publicad en 1978). También era un hombre pragmát co. En 1974 había desempeñado un pape clave en el Comité Judicial de la Cámara qu votó la incriminación de Nixon. Antes d que la cintas magnetofónicas más compro metedoras fueran dadas a conocer, Cohe había hablado en un debate televisado a tod la nación sobre la manera apropiada de saca conclusiones: «Si se pusiera usted a dorm en la calle y se despertara con nieve fresca e el suelo, ciertamente llegaría a la razonabl conclusión de que había nevado durante l noche, aunque no lo hubiera visto».

Uno de los mejores amigos de Cohen en Senado era el demócrata de Colorado Gar Hart. Durante varios años los dos habían es tado escribiendo juntos una novela de es pías, idea que había surgido en una sesió del Senado a altas horas de la madrugada e la que habían hablado de sus sospecha sobre las agencias y los operadores de intel gencia. La novela, *El hombre doble*, pareci destinada, si no al éxito comercial, al meno a ser un nuevo juguete para ambos. El héro era un senador que conducía una investiga ción sobre el terrorismo a escala mundial uno de los villanos era el director de la CIA que ocultaba cosas al Comité del senador situaba a una agente femenina o «topo», e el Comité para que informara a la CIA.

En el comedor del Senado, una tarde d verano de 1983, Cohen se acercó a Hart, qu había servido con anterioridad tanto en el Co mité Church como en el Comité de Inteligen cia. Hart había comenzado su carrera para l nominación presidencial demócrata y toda vía estaba muy por detrás de sus oponentes con sólo el cuatro por ciento de los demócra tas a su favor para la nominación de 1984.

—Oye, tienes que ampliar tu campo de ac ción —dijo Cohen.

Propuso a Hart que prestara atención a algún tema en torno al cual las emociones fueran fuertes, como Centroamérica.

De sus tiempos en el Comité Church, Har había sacado la conclusión de que la CIA ha cía chapuzas con las operaciones encubierta como la de Nicaragua. Se había sumergido en las ocho mil páginas de documentos secre tos sobre los complots de asesinato de los años cincuenta y sesenta, especialmente los que s habían tramado contra Castro. Era una his toria macabra: los hermanos Kennedy, Ro bert y John (los héroes y modelos de Hart atrapados en la última y sórdida oportuni dad, la «negación plausible». Era un mundo sin registros oficiales de planificación, apro baciones, desarrollo ni, a fin de cuentas, fra





LAS BUENAS COMPAÑIAS

Antes de la guerra de Malvinas, los militares argentinos eran considerados como los principales aliados en la guerra que se iba a desatar contra Nicaragua. El general Alexander Haig —secretario de Estado hasta junio de 1982— era un fiel defensor de esta idea, en la que era acompañado por el director de la CIA, Casey.

Casey todavía quería un plan de acción global para Centroamérica, pero no había consenso en la administración. El presidente buscaba el acuerdo entre sus consejeros superiores, y cuando no lo conseguía no se atrevía a tomar decisiones. Haig estaba obsesionado con Cuba; Weinberger hablaba de Vietnam y de los fantasmas gemelos de la escalada y el exceso de implicación: no quería tener a más muchachos americanos atrapados en una guerra impopular en mitad de la jungla. Baker y otros en la Casa Blanca querían que Reagan se dedicara a su agenda doméstica y estaban decididos a que la administración no se distrajera con una aventura en el extranjero, y mucho menos con una promovida por Haig, a quien veían con creciente escepticismo, incluso con alarma. Haig no se había adaptado a la informalidad del presidente. A veces parecía adular a Reagan, y al momento siguiente le intimidaba, instándole con urgencia a emprender determinada actitud propuesta por él mismo. A veces criticaba sus propias recomendaciones.

Casey era probablemente el único alto funcionario de la administración que se llevaba bien con Haig. Desayunaban juntos cada martes, a menudo acompañados de sus adjuntos, una semana en la CIA y la siguiente en el Departamento de Estado. Haig comprendía la política exterior, pensó Casey, y el mundo le era bastante familiar. Además compartía los duros puntos de vista de Casey.

Si Casey quería que algo relevante se hiciera para ganar El Salvador, antes tendría que hacer equilibrios con los intereses y las demandas de Haig, Weinberger y el aparato político de la Casa Blanca. El esfuerzo para promover la democracia era bueno, pero no bastaba.

Haig y Enders reconocieron que había que potenciar las acciones encubiertas. Lo ideal sería que los Estados Unidos aprovechasen alguna operación de otros, como había sucedido con la operación francesa en el Chad.

Dewey Clarridge encontró una ruta a través de Buenos Aires, donde la estación de la CIA mantenía relaciones sumamente estrechas con los generales argentinos que gobernaban el país. La inteligencia militar argentina, la G-2, había hecho del anticomunismo su mística y estaba desarrollando un programa de adoctrinamiento antimarxista. A los generales les preocupaban los "montoneros", las guerrillas que se oponían a su dictadura y que operaban desde Nicaragua. Argentina respaldaba los esfuerzos de resistencia contra los sandinistas y adiestraba a un millar de hombres al norte de la frontera de Honduras con Nicaragua.

Clarridge presentó el tema a Enders y al núcleo del grupo. La única alternativa era trabajar a través de Chile, donde la dictadura era peor y más visible.

—¿Accederían los israelíes a hacerlo? —preguntó Enders.

—No es viable —contestó Clarridge—. La Argentina era el país adecuado.

Enders esbozó a Haig una posible operación encubierta.

—No es suficiente —dijo Haig. El quería localizar un punto vulnerable. Dado que la Casa Blanca no respaldaría un ataque directo a Cuba, ¿qué tal si se atacaba sin previo aviso un campo militar cubano en Etiopía? Pero Haig no hallaría apoyo para su propuesta ni siquiera en su propio Departamento de Estado. Temía que una operación en Nicaragua constituyese una seria distracción; podría parecer muy dura y no serlo tanto; y si no funcionaba, los Estados Unidos se retirarían. Pero comprendía que aquella era la única propuesta que obtendría el respaldo en la Casa Blanca, en el Departamento de Defensa y en la CIA.

El lunes dieciséis de noviembre, a las cuatro de la tarde, Reagan reunió a su Consejo de Seguridad Nacional en el despacho del gabinete. Enders, que había obtenido el respaldo del grupo central, se encargó de la presentación.

—El programa político para El Salvador debe seguir siendo la democracia —dijo—. Se deben fomentar las instituciones democráticas tanto allí como en el resto de Centroamérica.

—Es la única manera de dar legitimidad a las mismas y a nuestro apoyo. Hay que incrementar la ayuda económica y militar, tal vez en más de trescientos millones de dólares para esa región y para el Caribe —apuntó—. Debemos encontrar un camino para reemprender las negociaciones con Nicaragua o, de lo contrario, nos veremos obligados a enviar allí nuestras tropas.

De acuerdo con los informes, Cuba era un callejón sin salida, ya que la Agencia no estaba preparada para emprender lo que amenazaba ser una operación a gran escala. A Nicaragua se la debía combatir a través de acciones encubiertas. Enders dijo que una operación de apoyo a la resistencia no derrocaría a los sandinistas. "Simplemente hostigaría al gobierno, provocaría su desgaste."

El martes uno de diciembre, Haig y Casey celebraron su desayuno habitual, y aquella misma tarde se reunieron con Reagan durante cuarenta minutos ante la presencia del Grupo Planificador de Seguridad Nacional. La reunión tuvo lugar en el Despacho de Situaciones de la Casa Blanca. El Grupo Planificador de Seguridad Nacional (NSPG) era un equipo informal de alto nivel para temas importantes de política exterior. En él se incluían el presidente, el vicepresidente, Meese, Baker, Deaver, Haig, Weinberger y Casey. También asistía algún ayudante ocasionalmente. Richard Allen, el consejero de Seguridad Nacional, estaba ausente, pendiente del resultado de una investigación sobre las acusaciones que se habían vertido contra él y que indicaban que había aceptado mil dólares de unos periodistas japoneses y que los había guardado en una caja fuerte de la Casa Blanca.

Casey expuso su plan encubierto. Quería diecinueve millones de dólares para ayudar a los argentinos a organizar una fuerza de quinientos hombres que constituirían el núcleo de la resistencia antisandinista. El grupo operaría desde campamentos en Honduras. Probablemente haría falta más dinero, indicó Casey, y el número de hombres aumentaría con toda seguridad.

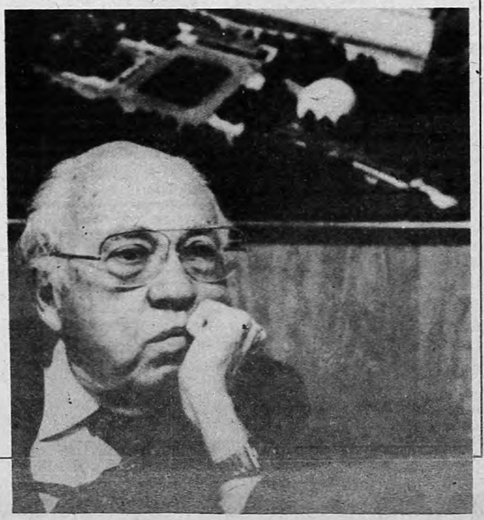
La troika de la Casa Blanca estaba indecisa. Haig todavía opinaba que aquella era una solución a medias, pero acabó aceptándola. Weinberger se alegraba de que el plan dejase al margen al Pentágono. Bush quedó satisfecho de aquel modesto resurgir de la capacidad paramilitar de la Agencia. No hubo mayores discusiones.

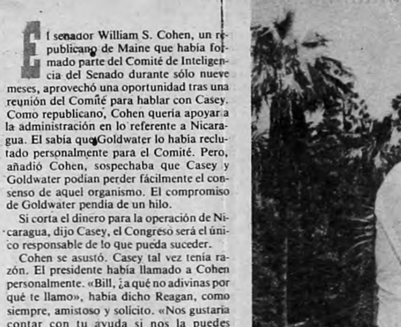
Aquel mismo día, Reagan firmó una amplia autorización *top-secret* de las operaciones paramilitares destinadas a cortar el apoyo de los sandinistas a los diversos movimientos rebeldes de Centroamérica, incluida la insurgencia salvadoreña.

El general David C. Jones, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, cargo militar superior, único superviviente de la administración Carter entre el Consejo de Seguridad Nacional, contempló la aprobación de la operación de Nicaragua con cierta desconfianza. De acuerdo con la inteligencia que había examinado, no estaba claro que toda la problemática centroamericana tuviera un origen cubano o soviético. Casey parecía considerarlo un conflicto Este-Oeste, como si los problemas fueran a terminar en caso de que los comunistas se marcharan. En opinión de Jones, los problemas sociales y económicos eran más profundos, lo que convertía a aquella zona en campo de cultivo ideal para las rebeliones marxistas. Veía claramente cómo los altos funcionarios de la administración Reagan arañaban detalles de inteligencia con el fin de justificar cualquier acción. Jones sabía lo suficiente sobre inteligencia para darse cuenta de que ésta se podía fácilmente agrupar y utilizar para dar énfasis al papel de los comunistas.

Pero lo peor de todo era la elección de los argentinos. Jones conocía a los argentinos. Eran buenos anticomunistas, pero no harían mucho. Nicaragua estaba a más de cuatro mil kilómetros de Argentina (de Buenos Aires a Managua había seis mil y pico de kilómetros por aire). ¿Por qué les preocupaba tanto que una banda de guerrillas montoneras pudiera organizar una revolución contra el regimen argentino desde otro continente? No tenía sentido, a no ser que pudiera influir sobre los argentinos para que hicieran cualquier cosa que los Estados Unidos les ordenaran.

B.W.





El senador William S. Cohen, un republicano de Maine que había formado parte del Comité de Inteligencia del Senado durante sólo nueve meses, aprovechó una oportunidad tras una reunión del Comité para hablar con Casey. Como republicano, Cohen quería apoyar a la administración en lo referente a Nicaragua. El sabía que Goldwater lo había reclutado personalmente para el Comité. Pero, añadió Cohen, sospechaba que Casey y Goldwater podían perder fácilmente el consenso de aquel organismo. El compromiso de Goldwater pendía de un hilo.

Si corta el dinero para la operación de Nicaragua, dijo Casey, el Congreso será el único responsable de lo que pueda suceder.

Cohen se asustó. Casey tal vez tenía razón. El presidente había llamado a Cohen personalmente. «Bill, ¿a qué no adivinas por qué te llamo», había dicho Reagan, como siempre, amistoso y solícito. «Nos gustaría contar con tu ayuda si nos la puedes ofrecer.» Cohen le había dicho al presidente que apoyaría a la administración, pero que estaba preocupado.

Casey dijo a Cohen que debería hacer una visita a Centroamérica. «Ve a verlo por tí mismo, ve a Nicaragua, habla con los sandinistas. Hablarán con un senador de los Estados Unidos».

Para Cohen, un ex fiscal, presentarse en el lugar de los hechos y hablar con los testigos era muy atractivo. Siempre procuraba ser preciso, conocer los datos. Para aprender algo sobre el esotérico mundo de las señales de inteligencia se había leído las 352 páginas de *The Puzzle Palace*, un libro de 1982 sobre la Agencia de Seguridad Nacional escrito por James Bamford. La respuesta a la operación de Nicaragua no estaba ni en un libro ni en un informe, sino sobre el terreno.

A Cohen no se le podía ubicar en ningún punto del espectro político, y era un poeta (su libro *Of Sons and Seasons*, fue publicado en 1978). También era un hombre pragmático. En 1974 había desempeñado un papel clave en el Comité Judicial de la Cámara que votó la incriminación de Nixon. Antes de que la cintas magnetofónicas más comprometedoras fueran dadas a conocer, Cohen había hablado en un debate televisado a toda la nación sobre la manera apropiada de sacar conclusiones: «Si se pusiera usted a dormir en la calle y se despertara con nieve fresca en el suelo, ciertamente llegaría a la razonable conclusión de que había nevado durante la noche, aunque no lo hubiera visto».

Uno de los mejores amigos de Cohen en el Senado era el demócrata de Colorado Gary Hart. Durante varios años los dos habían estado escribiendo juntos una novela de espías, idea que había surgido en una sesión del Senado a altas horas de la madrugada en la que habían hablado de sus sospechas sobre las agencias y los operadores de inteligencia. La novela, *El hombre doble*, parecía destinada, si no al éxito comercial, al menos a ser un nuevo juguete para ambos. El héroe era un senador que conducía una investigación sobre el terrorismo a escala mundial; uno de los villanos era el director de la CIA, que ocultaba cosas al Comité del senador y situaba a una agente femenina o «topo», en el Comité para que informara a la CIA.

En el comedor del Senado, una tarde del verano de 1983, Cohen se acercó a Hart, que había servido con anterioridad tanto en el Comité Church como en el Comité de Inteligencia. Hart había comenzado su carrera para la nominación presidencial demócrata y todavía estaba muy por detrás de sus oponentes, con sólo el cuatro por ciento de los demócratas a su favor para la nominación de 1984.

—Oye, tienes que ampliar tu campo de acción —dijo Cohen.

Propuso a Hart que prestara atención a algún tema en torno al cual las emociones fueran fuertes, como Centroamérica.

De sus tiempos en el Comité Church, Hart había sacado la conclusión de que la CIA hacía chapuzas con las operaciones encubiertas como la de Nicaragua. Se había sumergido en las ocho mil páginas de documentos secretos sobre los complots de asesinato de los años cincuenta y sesenta, especialmente los que se habían tramado contra Castro. Era una historia macabra: los hermanos Kennedy, Robert y John (los héroes y modelos de Hart) atrapados en la última y sórdida oportunidad, la «negación plausible». Era un mundo sin registros oficiales de planificación, aprobaciones, desarrollo ni, a fin de cuentas, fracasos. Pero se encontraban fragmentos de datos que ponían la piel de gallina y olían mal.



ASESINATOS POR ENCARGO

En 1983 comenzó la escalada de agresiones a Nicaragua. El jueves 8 de setiembre de aquel año los senadores William Cohen y Gary Hart, republicano y demócrata respectivamente, llegaron en un avión de la Fuerza Aérea al aeropuerto de Managua, que había sido bombardeado pocas horas antes. Las defensas sandinistas derribaron la avioneta agresora y hallaron papeles que comprometían a la CIA.

Por Bob Woodward

Por ejemplo, en uno de los complots contra Castro, a un agente de la CIA cuyo nombre en clave era AM/LASH se le proporcionó un bolígrafo dotado de una aguja hipodérmica tan fina que Castro ni siquiera notaría la punzada. El funcionario de la CIA encargado del caso había recomendado que se usara el *Blackleaf-40*, un veneno altamente nocivo que se podía adquirir comercialmente. La entrega del dispositivo letal tuvo lugar el veintidós de noviembre de 1963. Un informe del inspector general de la CIA fechado en 1967, al que tuvo acceso el Comité, decía como de pasada: «Parece ser que en ese mismo momento se disparaba contra el presidente Kennedy».

A primera hora de la mañana del jueves ocho de setiembre, Hart y un oficial superior de escolta de la Marina despegaron a bordo de un C-140 de la Fuerza Aérea con destino a Managua, donde debían aterrizar a las nueve y cuarto de la mañana.

A menos de una hora de vuelo de la capital de Nicaragua, a los pilotos se les informó que el Aeropuerto Augusto César Sandino estaba cerrado. Se había producido cierto tipo de ataque aéreo. Un avión a hélice de dos motores, un Cessna con una bomba de doscientos kilos bajo cada ala, había sido abatido y se había estrellado contra la torre de control y la terminal de pasajeros.

El avión de los senadores dio vueltas por espacio de unos cuarenta y cinco minutos antes de desviar su ruta hacia la capital de Honduras. Una vez allí, telefonearon a Washington para intentar descubrir qué había pasado. Mientras tanto se había recibido un aviso desde Managua de que se abriría el aeropuerto para ellos.

Cuando llegaron finalmente a la terminal de Managua, a primera hora de la tarde, Hart quedó atónito ante la destrucción que se había producido. Por todos lados se veía humo, y del centro de la terminal apenas quedaba nada. Cristales rotos y aceite se hallaban esparcidos por doquier. Y el fuselaje del avión abatido estaba cortado por la mitad. El piloto y el copiloto habían perecido. Cuarenta personas que esperaban sus vuelos habían tenido que correr para salvar la vida. Un empleado había resultado muerto. La sala especial para visitantes importantes, donde los senadores debían haber ofrecido una conferencia de prensa, estaba asimismo destruida. Cohen calculó que, si hubieran llegado antes de lo previsto, probablemente habrían muerto también.

Los medios de comunicación de Nicaragua estaban allí para formular preguntas.

Uno de los periodistas dijo que el ataque era evidentemente una incursión aérea apoyada por la CIA.

—La CIA no es tan tonta —dijo Cohen.

Los funcionarios nicaragüenses mostraron un maletín que se había sacado del avión. Cohen y Hart miraron en su interior. Había una nota que daba instrucciones al piloto para encontrarse con alguien en cierto restaurante de Costa Rica, un billete de embarque de Miami y la licencia de conducir del piloto, expedida en Florida, una tarjeta de la seguridad social de los Estados Unidos y tarjetas de crédito norteamericanas.

Y había más: identificaciones codificadas, para la operación y para el contrato. Lo mismo Cohen que Hart las reconocieron como auténticos documentos de la CIA.

Los funcionarios sandinistas explicaron que el aeropuerto normalmente tenía instaladas dos baterías antiaéreas. Pero aquella mañana, según dijeron, habían aumentado el número a diecisiete. Les habían anunciado el ataque. Cuando los senadores hablaron con otros personajes quedó claro que los sandinistas recibían información interna de los contras. Seguidamente celebraron una reunión informativa sobre temas militares, y más tarde se reunieron con el coordinador de la junta nicaragüense, Daniel Ortega, quien les dedicó un duro discurso antiestadounidense delante de la prensa.

Aquella noche, Hart y Cohen cenaron con Nora Astorga, una mujer de la alta sociedad de Nicaragua que se había convertido en guerrillera sandinista. Astorga, de treinta y cuatro años, era una leyenda. En 1978 había seducido a un destacado general de Somoza, el número dos de la odiada Guardia Nacional, Reynaldo Pérez, conocido como «El Perro», y lo había llevado a su habitación, donde tres guerrilleros sandinistas le cortaron el cuello. A los senadores les contaron que en un momento de ardor revolucionario le cortaron también los testículos al «Perro». A Astorga se la había propuesto varios meses antes como embajadora de Nicaragua en los Estados Unidos. La administración Reagan la había rechazado. Cohen y Hart escucharon el chiste que corría por Managua sobre ella: No le preguntes a Nora Astorga «¿A tu casa o a la mía?», y si te pide que te quedes a pasar la noche, no lo hagas. Parecía lo mejor para acabar el día.

Después de la cena, Cohen y Hart, ambos agotados, asistieron a una reunión de medianoche con el jefe de la estación de la CIA. Le anunciaron que se estaba filtrando a los sandinistas información de los contras. El jefe de la estación dudó unos instantes, se embarcó en circunloquios y comenzó a justificar el bombardeo del aeropuerto como un esfuerzo inicial de la «nueva fuerza aérea» de Edén Pastora.

Hart se sentía profundamente disgustado, y acabó estallando. «Esas jodidas y estúpidas operaciones son lo que acabará matando a la CIA; no penséis que se puede seguir adelante con algo como eso», dijo. El piloto tenía en su bolsillo el nombre y el número de teléfono de un operador de la CIA destinado en la Embajada de los Estados Unidos en Costa Rica.

Un aeropuerto civil, dijo Cohen, no es un objetivo militar. ¿Cómo podían pensar que con aquello se conseguía alguna cosa? Sería un error fundamental, se incitaba al pueblo de Nicaragua a oponerse a los contras. Y eso es exactamente lo que va a pasar. En el aeropuerto había docenas de civiles. Imaginemos que alguien intentase poner una bomba en un aeropuerto civil en los Estados Unidos.

El jefe de la estación dijo que la intención era mostrar que los contras eran algo serio y que podían atacar la capital.

—¡Y qué cree que ha sido? —preguntó Hart a voz en grito—. ¿Algo así como el primer raid de Doolittle sobre Tokyo?

—Bueno —replicó el jefe de la estación—, los contras son agentes libres y la CIA no los puede controlar. Ellos mismos escogen los objetivos.

—¿Qué clase de idiota llevaría documentos de la CIA en un maletín durante una incursión aérea? —preguntó Hart—. Son unos estúpidos, unos incompetentes.

Tembloroso y rojo de ira, Hart gritó: «Esto es mala política, mala diplomacia y malas operaciones».

El jefe de la estación envió un telegrama de alta prioridad al cuartel general de la CIA, explicando que dos senadores muy, muy enfadados estaban a punto de volver a Washington.

Viajando a través del país, volaron en un viejo helicóptero sin puertas que se había utilizado en Vietnam. Cohen se había calado un par de auriculares, de manera que podía oír hablar a los pilotos. Cuando sobrevolaban la capital a unos treinta metros de altura, el helicóptero empezó a descender rápida y repentinamente.

—Maldita sea, estoy perdiendo líquido muy de prisa —gritó el piloto—. ¡Voy a aparcar este hijo de puta ahí abajo!

Cohen pensó que se estrellarían en la ciudad que tenían a sus pies, y que morirían todos. Y no precisamente a manos de los rebeldes apoyados por los comunistas. Qué ridículo era acabar así: no de un balazo, no por los tiros disparados con odio en aquella confrontación de superpotencias, aunque fuera a través de sus marionetas, sino simplemente por una pérdida del sistema de fluido hidráulico.

El piloto agarró de un manotazo su manual de mantenimiento, y de repente el helicóptero salió disparado hacia arriba, arriba y arriba, hasta situarse a unos tres mil metros. Aquello era más que horrible. Los estómagos de los presentes se habían quedado a trescientos metros.

—¿Qué pasa? —preguntó Cohen.

—Hay que salir del alcance de las ametralladoras del calibre cincuenta de los rebeldes —contestó la escolta militar.

Cohen decidió que si se iban a estrellar quería que fuera desde trescientos metros, no desde tres mil. Uno de sus primeros poemas, «Caída libre», le vino a la mente: «No tengo miedo a volar. / No tengo miedo a morir. Al proceso / sí, al acto (si dura segundos), sí».

Pero el helicóptero no se estrelló.

Cuando Cohen estuvo de vuelta en Washington, Casey le visitó en su oficina del Senado.

—La CIA —anunció Casey con énfasis—, no autorizó aquel bombardeo.



ASESINATOS POR ENCARGO

En 1983 comenzó la escalada de agresiones a Nicaragua. El jueves 8 de setiembre de aquel año los senadores William Cohen y Gary Hart, republicano y demócrata respectivamente, llegaron en un avión de la Fuerza Aérea al aeropuerto de Managua, que había sido bombardeado pocas horas antes. Las defensas sandinistas derribaron la avioneta agresora y hallaron papeles que comprometían a la CIA.

Por Bob Woodward

casos. Pero se encontraban fragmentos de datos que ponían la piel de gallina y olían mal.

Por ejemplo, en uno de los complots contra Castro, a un agente de la CIA cuyo nombre en clave era AM/LASH se le proporcionó un bolígrafo dotado de una aguja hipodérmica tan fina que Castro ni siquiera notaría la punzada. El funcionario de la CIA encargado del caso había recomendado que se usara el *Blackleaf-40*, un veneno altamente nocivo que se podía adquirir comercialmente. La entrega del dispositivo letal tuvo lugar el veintidós de noviembre de 1963. Un informe del inspector general de la CIA fechado en 1967, al que tuvo acceso el Comité, decía como de pasada: «Parece ser que en ese mismo momento se disparaba contra el presidente Kennedy».

A primera hora de la mañana del jueves ocho de setiembre, Hart y un oficial superior de escolta de la Marina despegaron a bordo de un C-140 de la Fuerza Aérea con destino a Managua, donde debían aterrizar a las nueve y cuarto de la mañana.

A menos de una hora de vuelo de la capital de Nicaragua, a los pilotos se les informó que el Aeropuerto Augusto César Sandino estaba cerrado. Se había producido cierto tipo de ataque aéreo. Un avión a hélice de dos motores, un Cessna con una bomba de doscientos kilos bajo cada ala, había sido abatido y se había estrellado contra la torre de control y la terminal de pasajeros.

El avión de los senadores dio vueltas por espacio de unos cuarenta y cinco minutos antes de desviar su ruta hacia la capital de Honduras. Una vez allí, telefonearon a Washington para intentar descubrir qué había pasado. Mientras tanto se había recibido un aviso desde Managua de que se abriría el aeropuerto para ellos.

Cuando llegaron finalmente a la terminal de Managua, a primera hora de la tarde, Hart quedó atónito ante la destrucción que se había producido. Por todos lados se veía humo, y del centro de la terminal apenas quedaba nada. Cristales rotos y aceite se hallaban esparcidos por doquier. Y el fuselaje del avión abatido estaba cortado por la mitad. El piloto y el copiloto habían perecido. Cuarenta personas que esperaban sus vuelos habían tenido que correr para salvar la vida. Un empleado había resultado muerto. La sala especial para visitantes importantes, donde los senadores debían haber ofrecido una conferencia de prensa, estaba asimismo destruida. Cohen calculó que, si hubieran llegado antes de lo previsto, probablemente habrían muerto también.

Los medios de comunicación de Nicaragua estaban allí para formular preguntas.

Uno de los periodistas dijo que el ataque era evidentemente una incursión aérea apoyada por la CIA.

—La CIA no es tan tonta —dijo Cohen.

Los funcionarios nicaragüenses mostraron un maletín que se había sacado del avión. Cohen y Hart miraron en su interior. Había una nota que daba instrucciones al piloto para encontrarse con alguien en cierto restaurante de Costa Rica, un billete de embarque de Miami y la licencia de conducir del piloto, expedida en Florida, una tarjeta de la seguridad social de los Estados Unidos y tarjetas de crédito norteamericanas.

Y había más: identificaciones codificadas, para la operación y para el contrato. Lo mismo Cohen que Hart las reconocieron como auténticos documentos de la CIA.

Los funcionarios sandinistas explicaron que el aeropuerto normalmente tenía instaladas dos baterías antiaéreas. Pero aquella mañana, según dijeron, habían aumentado el número a diecisiete. Les habían anunciado el ataque. Cuando los senadores hablaron con otros personajes quedó claro que los sandinistas recibían información interna de los contras. Seguidamente celebraron una reunión informativa sobre temas militares, y más tarde se reunieron con el coordinador de la junta nicaragüense, Daniel Ortega, quien les dedicó un duro discurso antiestadounidense delante de la prensa.

Aquella noche, Hart y Cohen cenaron con Nora Astorga, una mujer de la alta sociedad de Nicaragua que se había convertido en guerrillera sandinista. Astorga, de treinta y cuatro años, era una leyenda. En 1978 había seducido a un destacado general de Somoza, el número dos de la odiada Guardia Nacional, Reynaldo Pérez, conocido como «El Perro», y lo había llevado a su habitación, donde tres guerrilleros sandinistas le cortaron el cuello. A los senadores les contaron que en un momento de ardor revolucionario le cortaron también los testículos al «Perro». A Astorga se la había propuesto varios meses antes como embajadora de Nicaragua en los Estados Unidos. La administración Reagan la había rechazado. Cohen y Hart escucharon el chiste que corría por Managua sobre ella: No le preguntes a Nora Astorga «¿A tu casa o a la mía?», y si te pide que te quedes a pasar la noche, no lo hagas. Parecía lo mejor para acabar el día.

Después de la cena, Cohen y Hart, ambos agotados, asistieron a una reunión de medianoche con el jefe de la estación de la CIA. Le anunciaron que se estaba filtrando a los sandinistas información de los contras. El jefe de la estación dudó unos instantes, se embarcó en circunloquios y comenzó a justificar el bombardeo del aeropuerto como un esfuerzo inicial de la «nueva fuerza aérea» de Edén Pastora.

Hart se sentía profundamente disgustado, y acabó estallando. «Esas jodidas y estúpidas operaciones son lo que acabará matando a la CIA; no penséis que se puede seguir adelante con algo como eso», dijo. El piloto tenía en su bolsillo el nombre y el número de teléfono de un operador de la CIA destinado en la Embajada de los Estados Unidos en Costa Rica.

Un aeropuerto civil, dijo Cohen, no es un objetivo militar. ¿Cómo podían pensar que con aquello se conseguía alguna cosa? Sería un error fundamental, se incitaba al pueblo de Nicaragua a oponerse a los contras. Y eso es exactamente lo que va a pasar. En el aeropuerto había docenas de civiles. Imaginemos que alguien intentase poner una bomba en un aeropuerto civil en los Estados Unidos.

El jefe de la estación dijo que la intención era mostrar que los contras eran algo serio y que podían atacar la capital.

—¡Y qué cree que ha sido? —preguntó Hart a voz en grito—. ¿Algo así como el primer raid de Doolittle sobre Tokyo?

—Bueno —replicó el jefe de la estación—, los contras son agentes libres y la CIA no los puede controlar. Ellos mismos escogen los objetivos.

—¿Qué clase de idiota llevaría documentos de la CIA en un maletín durante una incursión aérea? —preguntó Hart—. Son unos estúpidos, unos incompetentes.

Tembloroso y rojo de ira, Hart gritó: «Esto es mala política, mala diplomacia y malas operaciones».

El jefe de la estación envió un telegrama de alta prioridad al cuartel general de la CIA, explicando que dos senadores muy, muy enfadados estaban a punto de volver a Washington.

Viajando a través del país, volaron en un viejo helicóptero sin puertas que se había utilizado en Vietnam. Cohen se había calado un par de auriculares, de manera que podía oír hablar a los pilotos. Cuando sobrevolaban la capital a unos treinta metros de altura, el helicóptero empezó a descender rápida y repentinamente.

—Maldita sea, estoy perdiendo líquido muy de prisa —gritó el piloto—. ¡Voy a aparcar este hijo de puta ahí abajo!

Cohen pensó que se estrellarían en la ciudad que tenían a sus pies, y que morirían todos. Y no precisamente a manos de los rebeldes apoyados por los comunistas. Qué ridículo era acabar así: no de un balazo, no por los tiros disparados con odio en aquella confrontación de superpotencias, aunque fuera a través de sus marionetas, sino simplemente por una pérdida del sistema de fluido hidráulico.

El piloto agarró de un manotazo su manual de mantenimiento, y de repente el helicóptero salió disparado hacia arriba, arriba y arriba, hasta situarse a unos tres mil metros. Aquello era más que horrible. Los estómagos de los presentes se habían quedado a trescientos metros.

—¿Qué pasa? —preguntó Cohen.

—Hay que salir del alcance de las ametralladoras del calibre cincuenta de los rebeldes —contestó la escolta militar.

Cohen decidió que si se iban a estrellar quería que fuera desde trescientos metros, no desde tres mil. Uno de sus primeros poemas, «Caída libre», le vino a la mente: «No tengo miedo a volar. / No tengo miedo a morir. Al proceso / sí, al acto (si dura segundos), sí».

Pero el helicóptero no se estrelló.

Cuando Cohen estuvo de vuelta en Washington, Casey le visitó en su oficina del Senado.

—La CIA —anunció Casey con énfasis—, no autorizó aquel bombardeo.

ESPIAS ERAN LOS DE ANTES

Por Carmen Marcado

Igual que la prostitución, el oficio de espía parece ser tan antiguo como el mundo. Los espías, lo mismo que las prostitutas, trabajan por dinero. Putas y espías, por otra parte, han ido juntos y de la mano —cariñosamente, si es que el cariño le cabe a gente tan *heavy metal*— a lo largo de la historia. Y es natural que así haya sido, porque —sobre todo— los une el carácter y la técnica. En su esencia, ser espía consiste en darle confianza e intensas satisfacciones a alguien que tiene algo que perder, con el fin de que lo pierda. Y algo más: tanto las putas como los espías tuvieron que esperar el lento transcurso del tiempo histórico, hasta la llegada del siglo XX, para lograr el reconocimiento del público.

No es que antes no tuvieran su peso. Pero no lucían por derecho propio en la alta sociedad. Lo de ellos era vivir entre gallos y medianoche, empezar a trabajar cuando la gente laboriosa se iba a dormir, estar condenados —en el mejor de los casos— a una gloria secreta. Una persona de bien del siglo pasado, pongamos por caso, jamás hubiera invitado a una puta o a un espía al bautismo de su hijo. Gracias a Hollywood, a la tecnología de punta, al *crac* de los prejuicios monárquicos, a la democratización del delito, la cosa cambió: sea mundana o familiar, una reunión social de hoy día cobra prestigio si el dueño de casa invita a unas cuantas putas y a tres o cuatro espías laureados.

En fin: putas y espías se cotizan ahora muy alto, usan perfumes franceses y ropa italiana, integran el *jet-set* del mundo libre y también del otro. Paradójicamente, en lo que atañe a sus oficios respectivos, están en plena decadencia artística. Han perdido el misterio, la intensidad y la calidad que los caracterizaba. *"El éxito entontece"*, escribió Schopenhauer, y tenía razón.



Karl Schulmeister, un alsaciano encorvado, bien puede ser considerado el primer espía moderno, es decir, el primero que usó su oficio para trepar socialmente. Fue el general Jean-Marie Savary, duque de Rovigo, sucesor del tremendo Fouché en el Ministerio de Policía de Francia, quien se lo presentó al emperador Napoleón: "Majestad, he aquí un hombre todo cerebro y sin corazón que está a vuestras órdenes", le dijo. El secuestro y asesinato del duque de Enghien y las victorias de Ulm y Austerlitz no hubieran sido posibles sin la decisiva participación de Schulmeister, y así lo reconoció —como una fatalidad— el mismísimo Napoleón: "Examinando los resultados de las campañas militares —escribió— se comprueba que no es la habilidad ni el coraje de la infantería, la caballería o la artillería lo que ha decidido el resultado de tantas batallas, sino la maldita e invisible arma de los espías". Pero a pesar de ese desprecio íntimo, Napoleón sabía pagar a los hombres que le servían. Schulmeister amasó una fortuna enorme y se convirtió en figura, al punto de que lo apodaron *el Napoleón de los Espías*. Eso sí: el emperador le negó la Legión de Honor.

Pero es por su promoción social, y no por su eficacia, que Schulmeister anticipa el tiempo de los nuevos espías. Napoleón, genio indiscutible en las figuras de contradanza de los campos de batalla, no descubrió nada original al destacar la importancia del espionaje. "Si el príncipe ilustrado y el general alerta confunden al enemigo, si sus realizaciones sobrepasan las de un hombre corriente, eso ocurre gracias a la información previa —escribió Sun Tzu, un estratega chino, 500 años antes de que naciera Cristo; y agregaba—: Hay cinco clases de agente secreto que se pueden utilizar: agentes nativos, interiores, dobles, liquidables y volantes. Cuando esas cinco clases de agente trabajan todas al mismo tiempo, y nadie conoce sus andanzas, entonces son llamados *La Divina Madeja* y constituyen el tesoro de un soberano".

La esencia de la calidad en los espías de antes consistía en que llevaban sus secretos a la tumba y no a las grandes editoriales. La boca cerrada para siempre, y un espíritu eternamente furtivo, eran el genuino orgullo de la profesión. Ahora, cualquier comprador de *best sellers* accede con suma sencillez a las proezas secretas de los espías, sin contar que la promoción social los volvió burguesamente débiles, charlatanes por demás, tipos mareados por la popularidad, el consumo de drogas y la sucesión de traiciones a que se han vuelto tan afectos. Hoy día, *La Divina Madeja* de Sun Tzu es un rollo de piolín vulgar y lleno de galletas, y en vez de constituir el tesoro del soberano más bien lo afecta en grado sumo, con una constante y formidable expansión de los costos.

Se dice —nada es seguro en esta materia— que los Estados Unidos gastan unos doce mil millones de dólares anuales en sus presupuestos para espionaje e inteligencia, devorados principalmente por la CIA (Central Intelligence Agency), la DIA (Defense Intelligence Agency) y la NSA (National Security Agency). Tanta plata, sin embargo, no impidió que los espías norteamericanos aseguraran (desde Irán) que el ayatola Jomeini no constituía riesgo alguno para el gobierno del Sha; además —por dar otro dato relativamente reciente— se enteraron de la invasión soviética a Afganistán por los diarios y la radio, digamos *algo* tarde.

La idea cinematográfica de que los espías anglosajones son prodigiosamente sagaces y letalmente eficientes ya no se sostiene. Con números muy simples es fácil ver cómo anda la cosa. El último canje de espías, realizado a mediados de 1985 en el famoso puente berlinés de Gliencke, fue de cuatro agentes comunistas por veintitrés occidentales. Claro que Bond, *James* Bond, ya estaba fuera de combate... y nada menos que por motivos románticos.

"Todo se vulgariza", escribió el maestro Borges en su último texto publicado en un medio de prensa argentino. Este juicio de valor también le cabe al espionaje. El hecho de que en los Estados Unidos, en Francia y en Inglaterra —por dar tres ejemplos notorios— haya caballeros de la aristocracia dedicados al oficio, no sólo no ayudó a elevar los aciertos, sino que transformó a las agencias de inteligencia, espionaje y contraespionaje en algo parecido a oficinas de correo o a compañías de seguro, con empleados que esperan ansiosos la hora de salida para ir a charlatanear por ahí o mirar películas de espías por la televisión.

En verdad, hay cosas que dan pena. Hace menos de diez años, por ejemplo, el almirante Stanfield Turner, cabeza de la CIA, ordenó que se publicaran *avisos en los diarios* para reclutar nuevos agentes, ofreciendo "empleos interesantes para hombres y mujeres que sientan pasión por las aventuras". Y aunque sabemos mucho menos del otro lado de la cortina, lo cierto es que parece que en todos lados se cuecen habas: en la supuestamente rígida Alemania oriental, por ejemplo, todos los 5 de febrero se festeja el *Día del Espía*, como si se tratara de madres, carteros o metalúrgicos.

Por otra parte, tanto en el Este como en el Oeste, todo indica que el *Elint* (la inteligencia electrónica) está desplazando al *Humint* (la inteligencia humana). ¿Para qué agregar más?

Sólo nos queda esperar —al público en general— que las putas sean un poco más tradicionalistas que sus compañeros de ruta.